

# EL CONQUISTADOR ESPAÑOL Y LA MENTALIDAD RENACENTISTA SIGLOS XV Y XVI

**SERGIO FLORES F.**

Universidad de Playa Ancha  
de Ciencias de la Educación

## **RASGOS SOCIO-MENTALES DE LA EPOCA**

Cuando nos asombramos al conocer todo el proceso de la Conquista de América, o al evaluar la compleja personalidad del hombre Conquistador, no estamos haciendo otra cosa que reflexionar sobre el profundo cambio de mentalidad que se produce en el siglo XV y parte del XVI. Ella implica concepciones de la vida, de la muerte, el destino, el valor humano, la dignidad del hombre, la fama, el honor, el espíritu de aventura, las que condicionan dos posturas afirmativamente diferentes según se trate de un hombre medieval o de uno renacentista.

El hombre que vino a América, perteneciente a las más disímiles capas sociales y culturales, es una fiel expresión de esta mentalidad nueva y, al mismo tiempo, acicate histórico que estimula la fantasía y el interés por conocer los rasgos psicológicos y el comportamiento arrogante, destructor de todo tipo de convenciones, que este hombre exhibió en todas sus actuaciones.

¿Es un ser que representa al turbulento mundo social, político, económico del período renacentista europeo, con sus espejismos, fuerte individualismo, sus marcos institucionales en crisis y cambio, su sed inagotable de poder, o su acotado y ordenado mundo religioso desplomado de súbito por el proceso de Reforma del XVI?

¿O es también parte fundamental de la España de la Reconquista, de los Reyes Católicos y el imperio Carolino, con una mentalidad guerrera y de conquista, con la sensación de poder y orgullo castellanos, el sentirse cruzados de una fe que es parte de su actuar cotidiano; el sentimiento de fidelidad a su rey y la seguridad de su protagonista importante y creador de un imperio hispano universal?

Es lo que deseamos definir en este breve trabajo y para ello

pretendemos sumergirnos en el torbellino de las mentalidades colectiva, en el momento histórico de conjunción de una cosmovisión del hombre y del mundo característicamente medievales, y la aparición de una nueva manera de entender el entorno físico y la interioridad del ser, en relación con un redescubrimiento del valor de lo humano y la aspiración de conocer la naturaleza y llegar a dominarla.

Creemos que a cada época histórica corresponde una cierta representación del mundo y de las cosas. La sociedad entera es animada, cogida por una mentalidad colectiva. Es ella quien determina las actitudes, orienta las elecciones de los hombres, enraíza los prejuicios, orienta los movimientos de la sociedad, es por lo tanto, un hecho de civilización. La mentalidad colectiva no es el resultado de accidentes o de circunstancias históricas dadas; al contrario, es el resultado de herencias lejanas, de creencias, de temores de inquietudes antiguas a menudo casi inconscientes; a formas específicas de ver el entorno e interior de los hombres, a concepciones acerca de la vida y la muerte de cada cual, transmitidas de generación en generación.

Por eso las complejas reacciones de una sociedad frente a los hechos del momento, a las presiones que se ejercen sobre ella, a las decisiones que debe tomar, por lo general no obedecen a una lógica surgida del presente de la sociedad, sino a lo que emerge del inconsciente colectivo. Estos valores fundamentales, estas estructuras psicológicas, son en verdad tan propias de cada sociedad, que resultan incomunicables las unas respecto de las otras. Este carácter es el que mejor define a cada sociedad dentro de un territorio determinado.

Estas mentalidades son igualmente poco sensibles a la acción cambiante del tiempo, varían lentamente y no se transforman sino por largas incubaciones, se dan en la larga duración.

De ahí que la vida de las naciones, de las civilizaciones, y sus comportamientos psíquicos tienen una aparente inmovilidad; su importancia capital radica en que estas fuerzas profundas se incorporan a nuestra vida y construyen el mundo. Como resultado, un pasado próximo o uno más o menos lejano, se mezclan en la complejidad del presente, determinando las actitudes de las sociedades, es especial, en las épocas de crisis o cambios como la que pretendemos analizar.

Estimamos que el hombre de la conquista de América, que no deja aún hoy día de asombrar a historiadores e investigadores, sólo es entendible en la proyección que nos conduce al cambio de estructuras

mentales que es posible percibir a fines del XV y parte del XVI.

Los caracteres que definen ambas mentalidades se centran en las concepciones que los hombres de cada período tienen acerca de la vida y la muerte, además de las profundas crisis económicas a partir del siglo XIII, con sus ciclos de alzas de precios y baja de salarios que afectan al campesinado. También son importantes los cambios en la estructura social motivados por las epidemias del XIV y del XV que significan un verdadero cataclismo demográfico desatando el temor, inseguridad, la idea obsesionante de la cólera divina, y el sentido de culpabilidad tanto individual como colectivo.

A fines del siglo XIV empieza a definirse una cultura occidental muy diferente de su carácter escolástico y religiosa. Aparece una sensibilidad ante las cosas cotidianas de la vida y presiones respecto del ser humano que es difícil denominarla como anti cristiana en su acepción tradicional; más bien podría llamársela laica, categoría que define todo hacer del hombre que escapa al control y orientación eclesiásticas. Lo anterior no significa que ambas concepciones sean antinómicas, pues en la época señalada lo religioso y esta apertura laica comparten una base común de los principios y creencias religiosas, debido a que todos los problemas humanos y la sensibilidad colectiva participan de una interpretación cristiana de la existencia.

¿Cómo está cargada la conciencia del hombre de esta época respecto a enfrentar el fin de su vida? Para el cristiano la muerte es la liberación del alma respecto de su estructura carnal, el hombre cristiano la espera como el fin de una existencia fugaz; lo único que redime y proyecta hacia una nueva vida es la resurrección, por eso el morir se realiza sin sobresaltos y no tiene un acento espasmódico sino la liberación: es el término de un camino, más allá del cual encuentra la salvación eterna. Esta concepción tiene un hondo significado social: la muerte como fin, tiene una connotación específica, pues la muerte iguala a todos los seres, todos pueden condenarse o salvarse, no hay diferencias, ni consideraciones especiales; ante la muerte se detiene el poder, la autoridad y la soberbia, la igualdad es absoluta.

Así las cosas de la vida adquieren significación en cuanto ellas alejan o acercan al hombre de la presencia divina, la existencia en sí tiene algo de banal e intrascendente, sin perfiles específicos. Esto explica que el pensar de fines del medievo exprese el transcurrir de las aguas de los ríos, las romerías y el peregrinaje, todos ellos referidos a la fugacidad del



vivir y a la caducidad de la carne.

El siglo XV acoge la existencia de lo medieval debilitado y lo moderno emergente. El hombre ha cambiado su mentalidad, pues deja para el momento de morir el ajuste de su encuentro con Dios y la aspiración a salvarse. La preocupación existencial es el que hacer de todo los días, pone en él la impronta de su humanidad, se enfrenta en su entorno natural e intenta transformarlo, piensa que es parte importante del mundo y busca hacerlo a su medida, según la potencia de su fantasía creadora. Todo este estar en la vida lo lleva al olvido de su inexorable fin. Desde esa época la muerte adquiere un profundo tono dramático, el espanto y el temor se apoderan del hombre. Ama su existir, aspira a una inmortalidad terrenal, por eso el morir lo aterra y angustia, la presencia del fin lo acosará para siempre. Este pensar nuevo lo conduce a una concepción macabra de la muerte que nada tiene de cristiana. Aparece una sensibilidad persistente respecto de la fragilidad del cuerpo humano, su descomposición y cambio a sólo osamentas y después, polvo. La iconografía de este período recoge esta sensación colectiva de horror ante la destrucción de la materia, por eso la agitada y casi patológica sensibilidad conduce a la representación de la muerte como temática obsesiva de las preocupaciones del hombre, como expresión de un pavor colectivo.

¿Cómo explicar este cambio en la mentalidad colectiva de los hombres respecto a la manera de considerar la vida humana y la muerte en el siglo XV?

Los historiadores contemporáneos reconocen la existencia de una coyuntura económica, social y demográfica que habría producido este cambio de mentalidad en el hombre al detenerse a evaluar su existencia.

La mitad del siglo XIV y todo el siglo XV fueron tiempos agitados social y económicamente, también de patético pesimismo y desazón, pues se vivió bajo el imperio de las pestes, hambrunas y violencias. Son tiempos de reflexión melancólica, de huída, de hastío de vivir y en especial, horror a la vejez y a las enfermedades, conciencia por lo tanto de lo breve de la juventud y, en general de la vida toda. Pero hay un refuerzo psicológico respecto a la consideración de esa vida, ahora se la ama apasionadamente; es un existir miserable, pero es el propio de cada cual con sus singulares características. Desde ahora es la preocupación de todos los días y por eso se hace patente en la poesía, el cuento, la iconografía y en cualquiera expresión sensible. Sería pues

la absoluta inseguridad del existir la que va modelando los usos, costumbres, vigencias y actitudes humanas.

Los perfiles más destacados que servirán de matriz a la modernidad empiezan a delinearse a partir del siglo XIII. En la coyuntura económica se produjeron cambios trascendentes.

Las mejores tierras de Europa habían sido ya adquiridas, por eso el campesino se verá enfrentado al siguiente dilema: correr el riesgo de trabajar terrenos de bajo rendimiento o trabajar en forma intensiva aquellos que estaban en cultivo. Cualesquiera de las dos opciones, determinaron que los precios de los productos agrícolas, que requerían mayor explotación de tierras más amplias, subieran fuertemente en relación con los precios de otros productos.

Durante este siglo debido a que los beneficios agrícolas disminuyen, el crecimiento demográfico continúa por sobrepasar el crecimiento económico. La primera consecuencia evidente fue la hambruna general de 1315 a 1317. Junto con ello se abatieron sobre Europa entre 1347 y 1351 las pestes bubónicas y neumónica produciendo una mortalidad persistente. Se hizo endémica y las sucesivas epidemias diezmaron las ciudades y los campos. No hay cifras precisas del volúmen de muertes causadas por las pestes, pero cálculos moderados la llevan a casi un siglo de duración con ciclos reiterados.

La consecuencia económica fue una inversión en las relaciones de producción y en la valoración de los agentes de producción. De nuevo las tierras de cultivo fueron fáciles de encontrar, la mano de obra se hizo escasa y por lo tanto, se revalorizó. Las llamadas tierras marginales fueron abandonadas, otras antiguamente cultivadas con intensidad, se transformaron en empastadas, pues el ganado lanar requería de mayores extensiones de terrenos. En todas las regiones de Europa hubo una fuerte alza de salarios reales, pese a los esfuerzos políticos por frenar el proceso. Es interesante consignar que por primera vez se hicieron toscas estadísticas con el fin de describir con mayor precisión las condiciones económicas de la época.

Desde el punto de vista demográfico la constante histórica ha sido que la natalidad ha excedido siempre la mortalidad, a pesar de los retrocesos temporarios causados por las guerras, las epidemias, al hambre y los desórdenes sociales. Sin embargo los siglos XIV y XV que nos interesan particularmente para comprender al hombre y sus cambios

de mentalidad, fueron de profunda recesión, crisis de depresión económica. Hambre, peste, guerras se abatieron sobre Europa. Como consecuencia de estas catástrofes hubo una dramática baja de la población, y una desestabilización del sistema económico y social. Para la mayoría de los contemporáneos fue este un período execrable, pero, paradójicamente fue también la época del Renacimiento, de una brillante generación de talentos que produjeron una excepcional renovación artística e intelectual.

Los contornos generales de la época son claros. El fenómeno determinante durante estos dos siglos fue la baja absoluta de población.

Todos los historiadores están de acuerdo sobre este punto, pero una vez aceptado comienzan las divergencias. Se conoce con certidumbre el comienzo y el fin de esta baja demográfica, no el volumen preciso de ella. No olvidemos que, la demografía histórica, es una etapa protoestadística, por lo tanto toda estimación de la población es tan certera como una conjetura; no obstante, los especialistas han realizado estudios los más acuciosos posibles, logrando un bajo grado de certidumbre, base para comprender el despoblamiento de Europa y explicar el terrible impacto psicológico en la población<sup>1</sup>.

Hacia mediados del XIII la población europea se calculaba en 69 millones al comenzar el XIV, era de 73, pero después de los ciclos de epidemias y la contracción económica de mediados de ese siglo, había bajado en el filo del XV, es decir, en el año 1400, a 43 millones. En cien años aproximadamente la población europea había disminuído en 28 millones de seres humanos. La muerte, la incertidumbre, el pavor habíanse enseñoreado por el mundo europeo. Otro dato que induce a la reflexión es que sólo a mediados del XVI, por el año 1550, el índice demográfico es levemente superior al de 1300, de 78 millones de personas. Prácticamente durante casi 250 años el crecimiento demográfico no cobró impulso alguno. No hay cálculos de población para España en el período que nos preocupa, pero el caso inglés nos puede dar cierta referencia. La población de Inglaterra en el año 1348 fue de 3,7 millones, a partir de esa fecha por los factores antes indicados, pestes, epidemias,

---

<sup>1</sup> Para profundizar los antecedentes de los vacíos demográficos de la época y sus consecuencias socio-económicas ver: NORTH THOMAS «L'essor du monde occidental», Edit Flammarion, Paris, 1980; Flinn Michael «El sistema demográfico europeo 1500-1820», Edit. Crítica, Barcelona, 1989. Para España: Kamen Henry «Una sociedad conflictiva España 1469-1714», Edit. Alianza, Madrid, 1984.



hambrunas, guerras, etc., empezó a descender hasta recobrar solo en el año 1603 un leve crecimiento demográfico. Hay que pensar por lo tanto, que el caso español es el mismo del resto de Europa, durante cerca de 200 años no hubo incremento de la población.

Estas consideraciones son muy globales, solo estimativas, pero es indudable que las gentes de la época consideraban al hambre, y las pestes como auxiliares de la muerte. Los siglos XIV y XV serán azotados por hambrunas que debilitan los organismos y los dejan preparados para las epidemias. En Francia se presentaron 10 ciclos de crisis y pestes, los que dejaron vacíos demográficos de hasta el 50% de la población total. En el caso que nos interesa particularmente, España, hubo epidemias de peste en los años 1362, 1375, 1410, 1447, 1483 y 1497. La más impresionante y destructora fue la llamada Gran Peste, entre 1347 y 1351; la peste bubónica y neumónica que apareció en Crimea, se extendió sobre Europa siguiendo la ruta de los mercaderes y de los transhumantes. El tercer factor que trae la muerte y remece las conciencias es la guerra. Las batallas de la época, por ejemplo la guerra de los 100 años o las guerras frecuentes entre regiones limítrofes, no diezman grandemente a los hombres; estrictamente hablando, no mataban. Lo grave de ellas es que destruían los campos y los sembrados, el pillaje hacía huir a los campesinos, producía indefensión, de modo que las regiones se despoblaban periódicamente, las tierras dejaban de producir, la mano de obra escaseaba, los salarios subían bruscamente y el rostro famélico del hambre asolaba los territorios, produciendo una miseria fisiológica tal, que la llegada de las epidemias encontraba el campo abonado para la muerte de tantas gentes.

El siglo XIV comenzó con la aparición de la detención del crecimiento demográfico del tipo malthusiano. La población de Europa occidental disminuyó durante un siglo y medio. Se entiende que el XV recibió la herencia del siglo anterior en lo que respecta a la disminución de la población y presenta los rasgos de crisis existencial en la apreciación de las gentes de tales problemas.

La mayoría de los historiadores admiten que el año 1500 representa la línea de división entre el mundo feudal y el moderno. Los dos primeros siglos de esta nueva época fueron históricamente de una importancia capital, pues se desarrollan acontecimientos tales como una conversión de los valores, una revolución comercial, un movimiento de reforma religiosa, un renacer cultural e intelectual, los viajes de

exploración, la conquista del Nuevo Mundo y la aparición de los Estados nacionales como formas dominantes de la organización política europea.

El siglo XVI es una época de recuperación demográfica; el hecho de que no se produjeran epidemias de pestes, explica en parte quizás este fenómeno; por otro lado, las aniquiladoras hambrunas del siglo anterior, han desaparecido. El crecimiento de la población significó un desarrollo sorprendente de las ciudades más importantes de Europa.

Habiendo analizado los factores que explican el negativo impacto demográfico de Europa, volvamos al hombre común y corriente de la época. Cómo reacciona, qué sensaciones nuevas tiene, cómo ve su mundo y el que está por venir.

Situemos en la mitad del siglo XIV, exactamente en el año 1347, fecha de la gran peste negra. Penetró en Francia desde Marsella, desde allí pasó a España, norte de Inglaterra. De Italia pasó al centro de Europa y desde allí a los países escandinavos. Sus efectos en la economía y demografía de la población, y los problemas sociales que arrastró consigo, determinaron un cambio radical de la mentalidad de la población.

Los imprecisos datos estadísticos que antes hemos mencionado, señalan que la peste mató a cerca del 50% de universo poblacional, debido a los factores que se venían gestando desde antes, como la carestía de los productos hacia el 1320, insuficiente alimentación por malas cosechas consecutivas, población debilitada, sobre todo los más pobres, y condiciones sanitarias deplorables.

Esta realidad cambió la mentalidad de las gentes, la muerte ahora está presente y puede llegar inesperadamente, se pierde la seguridad personal y colectiva, que servía de refugios a todos. Vida y muerte se aproximan entre sí y entran violentamente en la conciencia del hombre de esta época, hay que buscar y encontrar una razón a lo trágico cotidiano. La idea predominante es la del castigo divino, Dios se ha olvidado de sus criaturas, porque el hombre se ha olvidado de los valores éticos y espirituales, las costumbres se corrompen y la idea del pecado se hace obsesiva. De esta época son las experiencias colectivas, reflejo indudable de la mentalidad predominante: son los flagelantes que en el año 1341 atravesaron Europa con el torso desnudo y castigando sus carnes con látigos, como una manera de expiar sus faltas y alejarse del pecado.



En estos agitados siglos del XVI y XV se percibe una total sensación de incertidumbre en la vida; nada es permanente ni sólido para siempre. Esta nueva manera de sentir la realidad se expresa en la rica iconografía sobre la danza de la muerte la que evoca para el hombre el instante de morir en cualquier momento de su corta vida. Llegar a la vejez es algo insólito, casi increíble. Hay un pesimismo existencial, y una extrema tensión de la sensibilidad de las gentes, al extremo de invertir la noción de la realidad y el fin de la existencia: se desea vivir y disfrutar de la vida estando la muerte siempre presente, se termina por amar apasionadamente la vida, porque ella está siempre ahí.

¿Cómo podía ser de otra manera si las tasas de mortalidad en los siglos a los que nos referimos es tan alta? Pierre Chaunu sostiene que la vejez era en esa época un feliz accidente. Entre los factores de alta mortalidad debe considerarse una fuerte tasa infantil y juvenil. Se calcula que eran necesarios 10 nacimientos para producir un adulto, pues más de la mitad de los niños nacidos, morían antes de llegar a los 15 años, por los factores antes repetidos: epidemias, hambrunas, debilidad fisiológica, carencia de hábitos de higiene, y la destrucción de las áreas cultivadas por las permanentes guerras.

Añádese a ello que la gente solía casarse tarde, alrededor de los 27 años como promedio. J. Fourastie dice «él que se va a casar es nacido de una familia de 5 hijos como su padre, de los cuales dos o tres estarán vivos a su muerte. Vivirá 50 años como promedio. Habrá conocido dos o tres hambrunas, más 3 epidemias, sin contar enfermedades permanentes como tos ferina, escarlatina, y difteria. La muerte, la miseria, el sufrimiento físico eran sus compañeros. La vejez era coronamiento de una carrera humana excepcional. La edad de los hijos al morir los padres era aproximadamente de 14 años. Todos los padres morían antes de haber completado la educación de los hijos»<sup>2</sup>.

Ambos siglos encierran una época histórica de enorme pesimismo y de una depresión constante por el hecho de vivir siempre bajo de la pertinaz acción de las pestes, violencia, sequía y la inseguridad. Es una época melancólica, una especie de hastío y una sensibilidad abierta a considerarlo fugaz de la existencia y el terror y miedo a la inseguridad, el perder la juventud y la plenitud, arrastra las conciencias a temer a la

---

<sup>2</sup> Fourastie Jean De la vie traditionnelle a la vie tertiaire, citado por Cardoso Ciro en los Métodos de la historia. Pág. 117 Editorial 1979, 3ª edición Crítica.

vejez y las enfermedades como anunciadores prematuras de la muerte. El hombre envejece muy pronto, a los 50 está al final de la vida, alrededor de los 40 aparecen los síntomas de la decrepitud, en la mujer, en la proximidad de los 30 años; la visión del hombre de fines del medioevo se expresa en una obra del siglo XVI donde se presentan contrapuestas las dos concepciones de la vida humana y del hombre, la que estamos analizando, correspondiente a los siglos XIV y XV y adelante.

Veamos aquella que refleja el pensar y mentalidad previas a la modernidad: «así andan los hombres atónitos, errados, buscando su contentamiento donde no pueden hallarlo: y entre tanto se les pasa el tiempo de la vida y los lleva a la muerte, con pasos acelerados, sin sentido: la qual nos espera encubierta, no sabemos a qual parte de la vida, más bien vemos que jamás estamos tan seguros della. Unas veces lleva al hombre en la primera edad y entonces es piadosa, pues le abrevia el curso de sus trabajos; otras veces es cruel lo saca de entre los deleytes de la edad entera, quando ya ha cobrado a la vida grande amor. La niñez en breves días se nos va sin sentido: la mocedad se passa mientras nos intruymos y componemos para vivir en el mundo: pues la juventud pocos días dura. Luego viene la vejez do en el hombre comienzan a hazerse los aparejos de la muerte. Entoncen el calor se refría, las fuerças lo desamparan, los dientes se le caen, como poco necessarios, la carne se le enxuga: y las otras cosas se van pasando tales, quales han de estar en la sepultura, hasta que el fin bolando con alas a quitarle de sus dulces miserias. Y aún allí en la despedida, lo afligen nuevos males y tormentos. Entonces, muestran bien el sentimiento que hará por su despedida, estremeciendo el cuerpo y a vezes, poniéndolo en rigor con getos espantables en la cara, do se repretan las crudas agonías, en que dentro nada, entre el amor de la vida y temor del infierno: hasta que la muerte con su cruel mano le desase las entrañas. Assi fenece miserable hombre conforme a la vida que antes pasó.»<sup>3</sup>

Dramática expresión de desolación y de desprecio por lo humano y por la vida, este pasaje de la obra del autor citado, representa la mentalidad del hombre de la época que obsevamos. Sólo la gloria y la fama son la vana consoladora de la brevedad de nuestra existencia, muchos la toman como remedio de la muerte porque da eternidad. Ante

---

<sup>3</sup> Pérez de Oliva Fernan. *Diálogo de la Dignidad del hombre*. Ed. Nacional, Madrid, págs. 90-91.

esta vanalidad se pregunta el autor: «Que aprovecha a los huesos sepultados la gran fama de los hechos».

¿Dónde está el sentido? ¿Donde el pecho para recibir la gloria?  
¿Donde los ojos?

Todo va en el olvido, el tiempo lo borra todo.<sup>4</sup>

La figura misma de la muerte era conocida dentro de la representación plástica y literaria como caballero apocalíptico, un esqueleto con una guadaña o con una flecha y un arco. Pero antes del XIV era sólo una advertencia al hombre, carecía de la visión patológica y atormentada del siglo posterior. El esqueleto humano evoca serenamente la fugacidad de la vida.

La representación de los danzantes aparece invitando a todos, a los grande y poderosos, papa, emperador, nobles, monjes, niños, jóvenes, humildes, locos, cuerdos a que le sigan. En rigor, como lo expresa Huizinga no es la danza de la muerte, sino de los muertos, no es esqueleto descarnado el invitante, sino un cuerpo con algunos vacíos carnales por donde aparece la severidad de la osamenta. «Yo soy la muerte cierta a todas las criaturas» así empieza la versión española de la danza de la muerte, a fines del XV.<sup>5</sup>

Las gentes ante el impacto de las imágenes, se consolaban con la igualdad de todos en la muerte, y se estremecían ante la idea de su fin.

Ponemos fin al conocimiento de una mentalidad medieval respecto al hombre y las cosas del mundo, con las expresiones del humanista del siglo XVI Fernán Pérez de Oliva, uno de cuyos personajes representa la indignidad de lo humano. Dice buscar la soledad por el aborrecimiento que cada hombre tiene al género humano, por el cual somos inclinados a apartarnos uno y de otros. «Paréceme tanto de aborrecible que cada vez que me acuerdo que soy hombre, querría o no haber nacido o no tener sentimiento dello.»<sup>6</sup>

Respecto a la vida, le parece que el mejor bien del hombre es la ignorancia de las cosas humanas, con lo cual vivimos los pocos días que duramos, si conociéramos bien las cosas, las humanas, con mayor voluntad desearíamos la muerte. Estamos en un mundo inhóspito,

---

<sup>4</sup> Ibid. pág. 91.

<sup>5</sup> Ibid. pág. 91.

<sup>6</sup> Ibid. pág. 91.



cubierto de nieblas donde todo se trueca en mudanzas. El hombre nace desprovisto de todo, para vivir, vestírnos y alimentarnos despojamos a los animales y a la naturaleza para mantener nuestra miserable vida. Miserable porque el hombre ha inventado todos los instrumentos posibles para destruirse.

Visión pesimista del hombre y de toda su realidad circundante, que contrasta con la concepción optimista acerca de las posibilidades intelectuales y creativas del hombre. Este último es el ser humano que nos interesa conocer para comprender la mentalidad del conquistador del XVI.

### **EL HOMBRE DEL XVI COMO EXPONENTE DE UNA NUEVA MANERA DE PENSAR**

El español de la conquista, con todas sus grandezas y debilidades, es parte de este mundo nuevo que en el XVI consolida muchas de sus características más destacadas. Por ello haremos un breve análisis de los cambios de mentalidad que operan en esta época tan plena de contradicciones, asombros y realizaciones.

La actitud del hombre ante la muerte y la vida aparece compendiar estos rasgos de mentalidad colectiva a los cuales hemos hecho referencia. Si antes de la vida era un fluir y la muerte, una liberación, ahora el morir adquiere un tono trágico, es lo macabro, no es un valor cristiano. Conciencia de la fragilidad del cuerpo humano y su descomposición. El despuntar del siglo XVI nos lleva a pensar la muerte de manera distinta, es la potencia universal, al margen de consideraciones éticas, es simplemente la realidad a que todos llegan en forma inexorable, es como la conciencia colectiva de lo ineludible. Una forma de enfrentar el morir sin los ingredientes dramáticos, hace que la sensibilidad general le dé un carácter antropocéntrico; iconográficamente la guadaña, la segadora y el hombre, entre el vivir y el morir. Hay en el ser humano una serena actitud ante la muerte, donde la melancolía de abandonar la vida se constituye en el tema de los poetas y escritores de la época.

Pero como contrapartida, el hombre del XVI pone el acento en la vida terrena, en el amor, el existir, expresa el contentamiento de sentirse pleno en medio del mundo, se aferra a todas las cosas que ese existir en fuga le puede dar en la brevedad de su vida. Esta nueva concepción de la muerte que se mueve a lo que tiene que cumplirse, el hombre la

sublima con la idea de permanecer aún después de la destrucción física; se apodera de él una sed de presencia humana y de inmortalidad a través de la gloria. La sensibilidad colectiva busca el no ser borrada de la memoria de sus semejantes y para ello, aún los esfuerzos sobre humanos, son válidos para los propósitos del permanecer. ¿A qué otra cosa aspiran los conquistadores hispanos en América, fuera de la gloria y la fama? ¿Qué busca el hombre del renacimiento, sino la inmortalidad que rompe la temporalidad de su existencia? Se piensa en la memoria de los hechos presentes proyectada hacia lo eterno, como una manera de burlar la muerte.

«Y yo los animaba (cuando el ánimo de sus soldados decaía) diciéndoles que mirasen que eran vasallos de nuestra alteza, y que jamás en los españoles en ninguna parte hubo falta y que estábamos en disposición de ganar para nuestra majestad los mayores reinos y señoríos que había en el mundo y que demás de hacer lo que a cristianos éramos obligados, en pugna contra los enemigos de nuestra fe y por ello en el otro mundo ganábamos la gloria y en éste conseguíamos la mayor honra que hasta nuestros tiempos ninguna generación ganó»<sup>7</sup>.

Esta desesperada huída de la muerte y el deseo de permanecer entre los hombres ya está expresada en el siglo anterior, sobre todo en la estatuaría ecuestre, en el ejemplo de Donatello, con sus obras Nicolás de Uzzano o en el condotiero Gatamelata; en las expresiones pictóricas donde irrumpe la alegría del vivir y la exaltación de la belleza o la plenitud del hombre. Hay en ellos la certeza que sus actos lo conducen a una eternidad terrenal, es como una sacralidad nueva, la exaltación de la individualidad, símbolo de una virtud traducida en energía, talento, personalidad, ansias de poder, virilidad, audacia y sobre todo, valor. Después de hacer un recuento de los gastos que ha debido hacer para equipar las expediciones dice: «que no deseo sino descubrir y poblar tierras a Vuestra Majestad y no otro interese, junto en la honra y mercedes que será servidor de me hacer por ello, **para dejar memoria y fama de mí** y que la gané por la guerra como un pobre soldado, sirviendo a un esclarecido monarca, que poniendo su sacratísima persona cada hora en batallas contra el común enemigo de la cristiandad y de sus aliados»<sup>8</sup>. Parece como si ya estuviéramos perfilando al conquistador de América.

---

<sup>7</sup> Cortés Hernán: Segunda Carta-relación pág. 12, Edit. Porrúa, México 1960.

<sup>8</sup> Valdivia Pedro de Carta al Emperador Carlos V La Serena 4 sept. 1545. Pág. 8. Fondo José Toribio Medina Stgo. 1953.

No es acaso una dramática forma de negar la muerte y superarla por una inmortalidad humana? Es indiscutible que estas nuevas nociones de la muerte no son cristianas, su fuerza ético-social es de raigambre laica innegablemente, y por eso se desarrollan y cambian tan rápidamente como una búsqueda de acallar la propia conciencia.

El hombre va perdiendo lentamente la protección cultural de la iglesia, desarrolla su individualidad y la fe en sus propias capacidades, humaniza el entorno en que vive, y sus preocupaciones metafísicas y ontológicas las somete al imperio de la razón. Todos estos nuevos aspectos con los que el hombre mira y construye su entorno, es lo que llamamos la cultura laica del período Renacimiento.

Aún cuando busca la salvación de su alma quizás con más obsesión que en los siglos anteriores, ya ha resuelto la antinomia alma y vida terrena. La salvación se logrará mediante el diálogo permanente e individual con Dios y la observancia de los valores espirituales y religiosos fundamentales. Su vida, al contrario, la anclará en la realización plena de sus potencialidades en la tierra, por eso todo lo humano le será absolutamente digno de conocimiento, se aferrará a la vida y tratará de comprender lo percedero en todas sus manifestaciones y experiencias. Por que ama apasionadamente la vida, se angustia y dramatiza su fin.

Esto explica la nueva conciencia del hombre de la modernidad que lo lleva a endiosar los talentos intelectuales, ensanchar los márgenes del mundo conocido, explorar los océanos antes desconocidos, conquistar territorios que le den inmortalidad y gloria, asombrarse ante la exhuberancia de la naturaleza, mirar las magnitudes desconocidas del universo y, lo más importante para él que es su propio desconocido, reflexionar, meditar acerca de la naturaleza del hombre, sus aspiraciones, logros y fracasos; pero también acerca de la libertad para construir su mundo propio y recrearlo de acuerdo a sus capacidades y deseos. El acento se pone en uno de los grandes tópicos de la modernidad: la dignidad del hombre.

Esta idea de la dignidad del hombre la vemos en la obra de Fernán Pérez de Oliva antes mencionada: «considerando señores la composición del hombre de quien oy he de dezir, me parece que tengo delante de los ojos la más admirable obra de quantas Dios ha hecho»<sup>9</sup>. Pone énfasis en la creación del hombre a imagen y semejanza de Dios, por tanto, todo

---

<sup>9</sup> Pérez de Oliva F. Opus Cit. pág. 97.



en él debe ser elevado y noble y lo puso en el mundo con un propósito divino: para que pudiera contemplar su magna obra: «Gran cosa es el hombre y admirable, el qual quiso Dios que con muchas tardanzas convaleciese después de haber nacido, dándonos a entender la gran obra que en él hazía.»<sup>10</sup>

La muerte presenta caracteres socio-éticos muy diferentes a como la concebía el hombre del período anterior, es recordarle que las cosas son efímeras, pasajeras y que quien espera la muerte debe recordar que su vivir no debe olvidar el fin del camino. Hay un momento en que debe rendir cuentas de sus actos.

Esta manera de pensar que define el período del Renacimiento nos explica el comportamiento del hombre cualquiera sea la esfera donde se desempeña. El hombre de la conquista americana se comporta como una potencia individual, capaz de llevar a cabo lo inimaginable, de llevar al límite sus propias capacidades, pero al mismo tiempo, con un profundo sentimiento religioso enmarcado en la conciencia plena de que todos sus actos tendrán la salvación o el castigo divino.

En definitiva, el vivir y el morir son parte de esa azarosa vida que cada hombre emprende como aventura.

Desde la perspectiva histórica son muchos y complejos los factores dinámicos que explicarían la transición de una conciencia colectiva a otra, que se opera en las concepciones del hombre. Es posible seguir el proceso para llegar a comprender por qué surgen obras como la de Fernán Pérez como intento de entender las angustias humanas y el tiempo en el cual transcurren sus vidas, a la vez que nos aclaran como varían sus nociones acerca de la vida, el morir y el existir.

La defensa de este hombre nuevo se nos aparece como más comprometida en las intenciones del autor de la obra aludida: «El entendimiento, la inteligencia es la cosa más admirable: rodeamos la tierra, medimos las aguas, subimos al cielo, y vemos su grandeza.»

También el humanista Giannozzo Manetti en su obra «De dignitate et excellentia hominis», para reivindicar la dignidad del hombre contra el vilependio medieval, expresaba que los frutos del hombre lo son de su inteligencia y de su acción creadora, para los cuales el hombre ha nacido como integrador y perfeccionar de la naturaleza, mediante sus actos e

---

<sup>10</sup> Ibid. pág. 98.

inventos. Nuestras, vale decir humanas, son las pinturas, nuestras las esculturas, nuestras las artes, nuestras las ciencias, nuestra la sabiduría, nuestros todos los mecanismos del ingenio humano (o diríase más bien divino) que la energía y el esfuerzo humano han logrado producir.

Todas estas reflexiones del tipo antropológico-histórico del período renacentista resaltan las temáticas del libre albedrío y de la dignidad del hombre. Las grandes interrogantes apuntan a las preguntas ¿Qué es el hombre? ¿De que es capaz? ¿Cuáles son sus límites en la escala natural? El renacimiento descubre que el libre albedrío es la esencia de la dignidad humana. Entendido en una variada gama de posibilidades, autodomínio, control enérgico de instintos y pasiones, toma de conciencia de que el ser humano puede ejercer su dominio sobre el mundo exterior y en general sobre la naturaleza.

Este hombre nuevo con una ilimitada confianza en sus posibilidades, expresa su libertad en la capacidad de crear, donde quiera que aplique sus facultades, en el arte, la ciencia, la política, la técnica, la naturaleza, los espacios geográficos y los mundos desconocidos. En este sentido el español de la conquista representa las ansias de transformar, dominar los ámbitos espaciales, poner sus capacidades creativas en tierras recién descubiertas.

También este hombre es capaz de hacerse a sí mismo lo que él desee, aspire o su voluntad le señale, esto es, es la simiente de sus propias posibilidades. En estas ideas radica el arquetipo de dignidad humana, propio del hombre nuevo del siglo XV estudiado por los humanistas Ficino, Pico de la Mirándola, Lorenzo Valla, Castiglioni, Erasmo de Rotterdam, Tomás Moro, Vive, etc. ¿Se puede hablar del bosquejo de un proyecto de hombre, idealizado por los humanistas? No, ellos lo que hacen es definir los caracteres del hombre de la época, tal como lo ven y lo descubren por primera vez.

Giovanni Pico de la Mirándola es el autor del Discurso u oración sobre la dignidad del hombre, conocido como el manifiesto del hombre moderno. El meollo de la oración está en estas frases de Pico, que resumen la belleza de su estilo, la profundidad de sus juicios: Hablando Dios al hombre: «Oh Adán: no te he dado ningún puesto fijo, ni una imagen peculiar, ni un empleo determinado. Tendrás y poseerás por tu decisión y elección propia aquel puesto, aquella imagen y aquellas tareas que tú quieras. A los demás les he prescrito una naturaleza regida por ciertas leyes. Tu marcarás tu naturaleza según la libertad que le

entregué, pues no estás sometido a cauce angosto alguno. Te puse en medio del mundo para que miraras placenteramente a tu alrededor, contemplando lo que hay en él. No te hice celeste ni terrestre, ni mortal ni inmortal. Tu mismo te has de forjar la forma que prefieras para tí, pues eres el árbitro de tu honor, su modelador y diseñador. Con tu decisión puedes rebajarte hasta igualarte con los brutos y puedes levantarte hasta las cosas divinas.<sup>11</sup>

Este asombro que expresan los intelectuales del período ante las facultades ilimitadas del hombre, explica la despreocupación de los siglos anteriores por entenderlo desde la perspectiva antropológica. Siempre importó la interioridad espiritual del ser humano y la resolución del enigma espíritu-carne, fue de la trascendencia la que encendió las preocupaciones de los intelectos anteriores al XV.

El maravillarse por las potencias humanas y redescubrirlas en el período renacentista que nos preocupa, es el resultado de la acción y dinámica desarrollada por los hombres en todos los campos posibles donde puede estar presente: artes, ciencias, acción política, autovaloración, voluntad de aventura, descubrimiento de regiones desconocidas, etc. Es la soberbia de la autoafirmación que pone en tensión sus capacidades y parece llevarlas a una situación límite.

Hecho este largo análisis de la mentalidad del hombre medieval, específicamente el perteneciente a los siglos XIV y parte del XV, con todas sus reacciones frente a la existencia, la muerte, el más allá, las creencias y el comportamiento cotidiano en su ámbito de desempeño y habiendo perfilado al hombre de fines del XV y siglo XVI quien representa una conciencia colectiva diferente, ante los mismos problemas: un afirmar los caracteres humano, un permanecer aquí en la tierra, una individualidad arrogante, al mismo tiempo que una fe profunda en sus propias capacidades, nos preocuparemos ahora del hombre concreto que sufre estos cambios y expresa la dignidad de su naturaleza en sus obras y en la huella que va dejando en el fluir del tiempo.

Ese hombre concreto, real con los valores antes descritos, es el que nos preocupará en el proceso largo del descubrimiento y conquista del mundo americano desde fines del XV y todo el XVI, años en los cuales asienta en estos territorios una presencia inagotable de hispanidad.

---

<sup>11</sup> Pedro R. Santidrián. *Humanismo y Renacimiento. Pico de la Mirándola, Discurso sobre la dignidad del hombre*. Alianza Edit. Madrid 1986.



## EL ESPAÑOL DE LA CONQUISTA

### La dinámica del proceso

La época de los conquistadores es casi exactamente la de Carlos V; la primera de las grandes conquistas continentales será la de Méjico realizada por Hernán Cortés en 1519, justo cuando Carlos sube al trono del Sacro Imperio. Son pues esencialmente los años de 1510 a 1545 en los cuales se desenvuelve todo el proceso de conquista de América. En el instante en que Carlos V abdica en el año 1556, los problemas americanos se plantearán casi exclusivamente en términos jurídicos y administrativos y no geográficos-militares (con la excepción natural de la guerra de Arauco).

En lo que respecta al espacio geográfico territorial este tiene dimensiones que sobrepasan toda imaginación. La parte explorada del continente americano o conquistada por españoles y portugueses entre los años de 1519 al 1545 se extiende aproximadamente entre los 55 grados latitud sur (Tierra del Fuego) y el grado 45 de latitud norte (hasta Nebraska). Las consecuencias de esta inmensidad de territorios descubiertos y conquistados, que influirán en la vida de los europeos, pone fin al mundo cerrado, geográfica y espiritualmente que nos presentó la época medieval.

El cronista de Indias, Francisco López de Gómara se dirige de esta forma a Carlos V: «Muy soberano señor: La mayor cosa después de la creación del mundo, sacando la Encarnación y Muerte del que lo crió, es el descubrimiento y conquista de Indias, y así las llaman Nuevo Mundo. Esta denominación de América designa un conjunto complejo que comprende todos los tipos de climas, desde los más tórridas en la zona del Ecuador, hasta los más fríos (vecinos al círculo polar). La flora y la fauna son muy variadas debido a las diferencias de los suelos, al regimen de corriente de las aguas, vientos, alturas de las mayores del planeta, selvas impenetrables, desiertos y sabanas».<sup>12</sup>

Se puede sostener que el impacto de la conquista de América fue una prodigiosa corriente de renovación del conocimiento. Son revolucionarios los progresos en la cosmografía y en el arte de la navegación, el conocimiento de la historia natural, sobre todo, la flora y sus aplicaciones farmacéuticas o agrícolas. También fue un brote de la fantasía y la

---

<sup>12</sup> López de Gómara Fco. *Historia General de las Indias* Editorial academia Nacional de Historia Caracas, 1962 pág. 193.

invención épica-mitológica la búsqueda de El Dorado, la fuente perenne de la juventud, las ciudad de los Césares, todo lo cual estimuló el proceso de inmigración que permitió la adaptación de los hombres y su armamento, a las condiciones climáticas, físicas y militares, nuevas para ellos.

El hispano no tiene pues sino dos salidas: «o vivir sin vivir en sí (empresas ganaderas, solucionando religioso, fecha de oro, la exaltación barroca) o el triste despertar frente a la realidad inexorable, el desengaño, la huída del mundo ascética, novela picaresca quietismo»<sup>13</sup>.

«Una forma peculiar del vivir hispano, es el que desaparecen los límites entre la persona y la realidad externa en que la persona se sumerja, por eso dice Castro prosperan el ilusionismo y la utopía, y se «esfuman las fronteras entre el sueño y vigilia alerta. El partidario cree ser él el partido porque lo siente así en la totalidad de su conciencia ni piensa que pueda acontecer de otro modo». Frente al concepto de «el estado soy yo de Luis XIV el español cree que el Estado es él mismo, no hay una frontera clara entre lo otro y él. «El lider político creyó que la realidad política era él». En el campo del arte, esto originó maravillas, es decir, la aproximación entre el sujeto y el objeto; entre el mito y la realidad que lo hace imposible, entre la sociedad de abajo y la de arriba, entre lo cómico y lo trágico, entre don Quijote y Sancho». «De ahí procede, igualmente, lo hecho por España en América: fusión con los indios, el arte hispano-indígena, el no distinguir entre las tierras de América y las de la metrópoli. La ausencia de tabiques racionales, conceptuales, es el determinante de la grandeza y de la miseria de la vida española. Solo en español tienen sentido expresiones como aquí somos todos uno y hablarle a Dios de tí».

«Sea por primitivismo o por orientalismo el español no se desprende nunca enteramente de la base vital en que se halla colocada, algo así como si un aeroplano, para remontarse, tuviera que llevarse consigo el aeródromo».<sup>14</sup>

La mayor parte de las conquistas fueron realizadas poco más o menos dentro del marco jurídico que les había asignado la monarquía española.

No obstante, este factor de unidad es frágil, pues la corona española

---

<sup>13</sup> Castro Américo aspecto del vivir hispano Ed. Cruz del Sur Santiago 1949 pág. 20.

<sup>14</sup> Ibid pág. 128.

existía solo desde hacía pocos años antes, 1579, gracias al matrimonio de Fernando de Aragón e Isabel la Católica. Aún cuando Isabel puede ser catalogada como una soberana moderna, la unidad hispana era más aparente que real. Desde la época de la Reconquista de España a los moros, se habían hecho muchas concesiones a la nobleza militar, a la iglesia y a las ciudades que disfrutaban de privilegios y fueron municipales muy queridos por ellos. Se puede hablar de una agrupación de estados en la corona castellana, con sus instituciones jurídicas y económicas.

La pobreza fue la visitante permanente de los Reyes Católicos, por lo tanto, carencia de fondos para financiar las empresas de conquista en el territorio americano. Para paliar esta situación, se aplicó en América el sistema de las capitulaciones cuyo objeto era reservar para la corona algunos derechos sobre los territorios conquistados, al tiempo que garantizar a los jefes de las expediciones las debidas mercedes o recompensas por los servicios prestados. Esta recompensa podía ser el título de adelantado, título hereditario concedido por los reyes castellanos en la época de la Reconquista hispana, para concederles poderes militares especiales y derechos de gobierno sobre alguna provincia fronteriza, representando al monarca.

Es cierto que al establecer estas capitulaciones la corona dispersaba muchos de sus derechos, pero no le quedaba otra alternativa. Solo cuando proporcionó ayuda financiera, casos de Colón y Magallanes, pudo imponer condiciones financieras, pero en general, la conquista y colonización fueron dejadas a la iniciativa privada. Fernando e Isabel recogieron la experiencia de Granada y en general de todo el proceso de la Reconquista y jamás permitieron que la conquista escapara al control de la corona.

Esta insistió en su derecho de disponer repartimiento de tierras entre los colonos, de tal manera que la organización municipal de la castilla medieval fue fielmente trasplantada a América. Un ejemplo característico de esta clara noción de la corona de ejercer un control firme sobre los conquistadores, es el caso de Colón. El exigió para sí y sus descendientes el cargo de gobernador general y virrey de todas las tierras conquistadas, pero Isabel no podía aceptar que los territorios ultramarinos se convirtieran en dominio feudal del explorador genovés.

En definitiva la monarquía española no actuó como potencia conquistadora: fueron los particulares, el esfuerzo privado, los que organizaron las expediciones de conquista por cuenta propia; solo



pedían al soberano una caución jurídica que servía para distinguir a los conquistadores de los simples aventureros y piratas. Por lo tanto, la conquista americana es una empresa de individualidades, todas ellas demostración de los perfiles de la época renacentista.

«Demostrar las múltiples funciones que el conquistador debe realizar: Gobernador en nombre del Rey, capitán para dirigir y alentar en la guerra, ser el primero en los peligros, padre para sus dirigidos, para alentarlos, dirimir sus diferencias o aconsejarlos, especialista en tomar (las ciudades) y poblar, para hacer acequias y repartir aguas, labrador y gañan en las sementeras mayoral para la cría y cuidado del ganado, y en fin, dirá Valdivia, poblador, criador, sustentador, conquistador y descubridor»<sup>15</sup>.

¿Cómo no caer a veces en la exageración de hablar de epopeya y acciones épicas al referirse a las personalidades que las realizaron? Recuérdese que Cortés se impuso el imperio de Moctezuma con 600 hombres y 16 caballos y Francisco Pizarro hizo lo propio con el imperio de Atahualpa con 180 hombres 37 caballos.

Poco se sabe sobre la procedencia y personalidad de los conquistadores, es indudable que la mayoría de los 1.000 hombres que llegaron a América procedían de Castilla. Recordemos que de acuerdo a la ley, las tierras descubiertas eran propiedad de la corona castellana, los naturales de Aragón y Navarra eran considerados extranjeros. Casi todos los conquistadores llegaron muy jóvenes a las Indias, con frecuencia, la edad era cercana a los 20 años, por ejemplo Hernán Cortés lo hizo a los 19.

La media de edad de los conquistadores se acercaba a los 35, con las excepciones de Francisco Pizarro y Diego de Almagro, cercanos a las cincuenta. Además, son solteros casi todos. Y como veremos más adelante, su extracción social provenía de la pequeña nobleza rural y clases inferiores. Esto significa que la aristocracia castellana no participó en la conquista. El sistema socio-económico de los mayorazgos constituyó un fuerte estímulo para la emigración de los segundones de la nobleza, quienes esperaban encontrar en Indias lo que en Castilla jamás podrían lograr, por eso los hidalgos estuvieron representados en gran número en las etapas de la conquista.

---

<sup>15</sup> Valdivia Pedro de Cartas: Carta al Emperador Carlos V La Serena 4 de septiembre 1545. F. José Toribio Medina Santiago 1953. pág. 12.

El carácter de esos hombres y sobre todo, el predominio de los hidalgos en la dirección de las expediciones, dejaron una huella muy particular en toda la conquista indiana. Desde Castilla traían, las ambiciones, prejuicios, hábitos y valores propios del español y de la naciente mentalidad renacentista. La desconfianza en todo lo que indicaba relaciones con los demás, está claramente expresada en la mentalidad tremendamente legalista que poseyeron: extendían documentos en las situaciones y lugares más inverosímiles, para determinar con exactitud los derechos y deberes de cada miembro de la expedición. Por otro lado, mostraron una enorme capacidad de asombro ante el extraño y exhuberante mundo que tenían delante de sus ojos. Mente fantasiosa e imaginativa para la búsqueda de quimeras.

Para entender mejor el proceso de conquista americana y valorar el origen socio-económico y cultural de los conquistadores, es imprescindible observar el cuadro histórico de España en las proximidades de la época.

Se puede definir en los siglos XV y XVI como pobre y sin recursos naturales. Poco desarrollo en el campo agrícola, con tierras de escasa calidad y en mano de una aristocracia muy cerrada, además de sistemas de cultivo muy atrasados; con una industria lanera de baja competitividad, y por lo tanto, sin posibilidades de expansión. Súmese a ello economías regionales, celosas de sus privilegios y sin contacto entre sí, y tendremos una España que recién ha logrado su unidad política, por lo menos con Castilla y Aragón, comenzando una etapa de despegue. Esta carencia de recursos evitó que España pudiera sostener una política imperial con perspectivas de desarrollo.

Estos nos conduce a comprender por qué los pioneros de América no fueron nobles, pues estos no participaron en la conquista ni en la primera etapa de la colonización; fueron españoles pobres, de todas las procedencias sociales, algunos con la experiencia militar en Flandes, Italia o Granada; otros, jóvenes ansiosos de cambios, sin recursos pero con gran ambición, hidalgos en busca de mejor destino, jornaleros analfabetos como nuestro descubridor Almagro.

• Aunque los primeros aventureros eran de origen humilde, no carecían de conocimientos: casi la mitad de los hombres de Francisco Pizarro sabían leer y escribir, y en 1560 una décima parte de los españoles que había en el Perú eran ya artesanos formados en España. Hasta 1559, el 35% aproximadamente de los emigrantes al Nuevo Mundo

procedían de Andalucía, y el 50% de Extremadura, las dos Castillas y León. En proporción a la población local, la mayor parte de los emigrantes procedían de las provincias de Sevilla, Bajoz, Cáceres y Toledo. Extremadura, que tenía solo el 7% de la población de España, aportó el 17% de los emigrantes hasta 1580. La miseria rural era un motivo obvio de emigración: miles de campesinos verán en América la esperanza de escapar a los señores feudales, los impuestos pesados y la dura lucha por la supervivencia. Bartolomé de las Casas dice que en 1518 habló en Castilla con cuatro hidalgos que deseaban ir a América a fin de que sus hijos crecieran en un mundo libre».

«Las cifras totales del éxodo al otro lado del Atlántico son problemáticas: La documentación relativa a los emigrantes inscritos es deficiente, la emigración ilegal era considerable. A partir únicamente del número de pasajeros que podía transportar cada nave, se ha sugerido que hasta 1550 cruzaron el Atlántico, como máximo 150 mil españoles; en todo el siglo es imposible que fueran más de 200 mil».<sup>16</sup>

Otro factor muy dinámico en la actitud social de los grupos desposeídos por emigrar en busca de mejores condiciones de vida, fue el alza brusca de los precios y la inflación descontrolada, al parecer motivada por la presión demográfica, los descubrimientos e importación de metales preciosos, demanda desde América de alimentos y manufacturas. La fuerte alza de los precios significó un descenso apreciable del nivel de vida de las clases medias y pobres. Entre ingresos y el descontrol de los productos alimenticios, la diferencia se fue haciendo más honda. Ni señores, ni plebeyos ni el clero podían vivir con sus entradas fijas, desde luego, que los más afectados fueron los sectores con ingresos tradicionales, pero también benefició a los que supieron sacar provecho de las circunstancias económicas. Toda esta movilidad producirá el cambio social de España en los primeros 50 años del siglo XVI.

Esta revolución de los precios aciceteada por la explosión demográfica, afectó de sobremanera a los estamentos pobres, hubo muchas cesantías y el aumento de los mendigos itinerantes, fue elocuente demostración de una pobreza alarmante. Desde el reinado de los Reyes Católicos adelante, la pauperización de los estamentos sociales

---

<sup>16</sup> Kamen Henry: *Una sociedad conflictiva: España, 1469-1714* Alianza Editorial, Madrid 1984, págs. 155-7.



provenientes de las áreas rurales y de las ciudades se hizo cada vez más aguda y jamás pudo ser controlada pese a los esfuerzos de Carlos I y Felipe II.

La revolución de precios y salarios, inflación y miseria, e inestabilidad social, deben haber repercutido fuertemente en los hidalgos y grupos de hombres sin destino en su España, para tentar suerte en suelo americano y lograr lo que en su patria jamás habrían logrado. No puede desconocerse este factor económico social cuando se estudia la Conquista de Indias.

Mediante el análisis de sus obras, aún en la complejidad que ellas presentaron, es dable rastrear rasgos propios de sus caracteres: infatigables en los esfuerzos, menospreciadores de los peligros, obstinados ante los obstáculos, arrogantes por el orgullo que les daban sus hazañas, a veces extravagantes y quisquillosos en las cosas intrascendentes, pero siempre muy concientes de la magna tarea de conquista que estaban realizando.

La mentalidad renacentista propia del XVI está siempre presente en sus actos.

El fuerte renacimiento hispano, orgullo y fuerza en las decisiones, además de un concepto claro de estar construyendo un futuro está en la primera carta-relación de la Austria y Regimiento de la Rica Villa de la Vera Cruz, a la Reina Doña Juana y al Emperador Carlos V, su hijo: «Por tanto, que nos parecía que no convenía al servicio de nuestras majestades que en tal tierra se hiciese lo que Diego Velásquez había mandado hacer al dicho capitán Fernando Cortés y que era rescatar todo el oro que pudiese y rescatado, volverse con todo ello a la isla Fernandina para gozar solamente de ella y que lo mejor que todos nos parecía era que en nombre de vuestros reales altezas se poblase y fundare allí un pueblo en que hubiera justicia, para que en esta tierra tuviesen señorío, como en sus reinos y señoríos lo tienen, porque siendo esta tierra poblada de españoles, demás de acrecentar los reinos y señoríos de vuestras majestades y sus rentas, nos podrían hacer mercedes a nosotros y a los pobladores que de más allá viniesen adelante. Así lo hicieron, diciendo al capitán que en servicio de Dios y de sus majestades convenía que esta tierra estuviera poblada»<sup>17</sup>.

Este acápite de la carta de relación implica todo el programa de conquista de la época, y señala los rasgos de mentalidad hispana.

---

<sup>17</sup> Cortés Hernán opus cit., 1ª Carta Relación pág. 15.

Pero así como el conquistador se preocupa de poblar, fundar ciudades y organizarlas para mayor gloria de sus majestades, también es capaz de descubrir y apreciar el paisaje y la naturaleza. «Y para que haga saber a los mercaderes y gentes que se quisieren venir a avecindar, que vengan, porque esta tierra es tal, que para poder vivir en ella y perpetuarse, no la hay mejor en el mundo, dígolo porque es muy llana, sanísima de mucho contento, tiene 4 meses de invierno no más, que en ellos, si no es cuando hace cuarto la luna, que llueve un día o dos, todos los demás hace tan lindos soles que no hay para que llegarse al fuego. Es la más abundante de pastos y sementeras y para darse todo género de ganado y plantas que se puede pintar mucha y muy linda madera para hacer cosas, infinidad otra de leña para el servicio dellas y las minas riquísimas de oro y toda la tierra está llena de ello».<sup>18</sup>

Cada cual tiene la personalidad y firmeza para hacer valer sus títulos y experiencias de soldado. Pedro de Valdivia en la carta dirigida a sus apoderados en la Corte, con fecha 15 de octubre de 1550 describe que sirvió en Italia al mando del Marqués de Pescara para adquirir el ducado de Milán, posteriormente estuvo en la guerra de Flandes, pasó a las Indias en 1535, estuvo presente en el descubrimiento y conquista de Venezuela, al año siguiente pasó a las provincias del Perú al servicio de Francisco Pizarro, quien lo eligió como su maestro de campo general; habiendo fracasado el adelantado Diego de Almagro, vino a conquistar y poblar y gobernar las provincias de Chile, fundó Santiago, exploró el Sur, fundó ciudades y murió para gloria de su Majestad, ahí están expuestos sus derechos para impetrar las mercedes y títulos que su estatura de conquistador se merece, ni pide favores, sino justo reconocimiento.

Como arquetipo de una estatura mental de la modernidad está su afán incansable de oro y la avaricia de tenerlo todo. Bernal Díaz del Castillo el cronista que acompañó a Cortés se queja como del tesoro de Moctezuma los soldados no lograban casi nada, dejándose el conquistador después de restar el quinto de su Majestad, casi todo. «He traído esto aquí a la memoria y aunque va fuera de nuestra relación, para que vean que Cortés, socolor de hacer justicia, porque todos le temiésemos, era con grandes mañas».<sup>19</sup>

---

<sup>18</sup> Valdivia Pedro opus cit pág. 42.

<sup>19</sup> Díaz Castillo Bernal, opus cit pág. 145.

El valer más, la afirmación de la propia honra es parte importante de la virtud renacentista y muy arraigada en el alma hispana, al narrar el soldado cronista las vicisitudes por las que pasó en la exploración a Yucatlan, donde gastó la pobreza de hacienda que tenía, debiendo regresar a Cuba (en tal empresa), el gobernador de Santiago de Cuba lo consuela de sus penurias: «Bien sé que pasaste muchos trabajos, y así es descubrir tierras nuevas para ganar honra. Su majestad os lo gratificará y yo así lo escribiré, y ahora dijo, volved otra vez en la Armada que hago, que yo mandaré al Capitán Juan de Grijalba que os haga mucha honra».<sup>20</sup>

Es parte también de la mentalidad española de la época la fidelidad irrestricta a su rey, los ejemplos al respecto son innumerables en las crónicas de la conquista. Hemos elegido el siguiente por lo enfático y concluyente: al recibir los presentes, joyas de oro y mantas, de parte del cacique de Campoala, Cortés respondió que «el se lo pagaría en buenas obras y que lo que hubiese menester que se lo dejesen, que él lo haría por ellos, porque somos vasallos de un gran señor, que es el emperador don Carlos, manda muchos reinos y tierras y que nos envía para deshacer agravios y castigar a los malos y mandar que no sacrifiquen más ánimas, y se les dió a entender otras muchas cosas tocantes a nuestra santa fe».<sup>21</sup>

Fe religiosa, apego a lo milagroso, el espíritu de cruzada está siempre presente en las acciones de los conquistadores Cortes no quiere recibir de Xicotenga las doncellas y su hija para su solaz.

«Y preguntaron los caciques por qué causa no las tomábamos ahora; y Cortes respondió porque quiero hacer primero lo que manda Dios Nuestro Señor, que es en el que creemos y adoramos, y a lo que le envió el rey nuestro señor, que es quitar sus ídolos y que no sacrifiquen ni maten más hombres, ni hagan otras torpedades malas que suelen hacer y crean en lo que nosotros creemos, que es un solo Dios verdadero».<sup>22</sup>

Lo que sí parece seguro, es que el conquistador era o se transforma en un hombre de trabajo perseverantes en territorio americano, se necesitaban brazos para crear, producir, de ahí la solicitud de los gobernadores de permitir la pasada a Indias solo a personas con oficio conocido aplicable a las necesidades de las colonias y evitar en lo posible, el pase a letrados o abogados, incluso hombres de letras, por

---

<sup>20</sup> Ibid Tomo I pág. 58-59.

<sup>21</sup> Ibid Tomo I pág 145.

<sup>22</sup> Díaz del Castillo B. Ibid. Tomo I pág. 233.



no constituir un aporte para solucionar deficiencias económicas ni las falencias de mano de obra más o menos especializadas.

En lo que respecta a la dinámica de la conquista, se puede confirmar que las expediciones originadas en la península por lo regular, fracasaron, solo tuvieron éxito las que salieron del Nuevo Mundo. El núcleo de irradiación de la conquista de México parte desde las Antillas y desde Cuba y Jamaica, desde allí se obtienen hombres, caballos y víveres. Panamá se constituyó en centro principal desde donde partieron las expediciones hacia el litoral centroamericano y el Perú. Desde Panamá salieron las expediciones de conquista hacia el sector peruano: dinero, embarcaciones, víveres, hombres caballos, armas. México necesariamente tendría que ser el punto de irradiación de conquista hacia el norte y el noroeste, por ejemplo, Juan Ponce de León es quien habiendo llegado a la boca del Missisipi, funda la Florida. Avanzando hacia el sur, desde Paraguay se inicia el impulso conquistador y poblador de toda la extensa región del Río de la Plata, y desde el Cuzco, Perú, el intento de conquista de Almagro y la expansión y colonización de Valdivia, de los lejanos territorios de Chile. Esta es, la red de conquista y colonización que empieza a extenderse desde las Antillas, México y el Perú como polos dinámicos y que abarcará toda América, tanto norte como sur.

Debe quedar claro que todas las expediciones, felices o desgraciadas, bien o mal dirigidas, eran americanas, tanto por la experiencia de jefes y soldados, por todos los elementos materiales, por la cooperación o no del elemento indígena, como por las bases territoriales en que ellas se apoyan.

El gran enemigo de los conquistadores es la amplitud del ámbito geográfico, sus rigores, peligros, fatigas, quizás nunca igualados. Vasco de Balboa al atravesar el istmo cuya altura máxima no supera los 800 mts. con 200 españoles y más o menos 500 indios, dio muestras de una energía que los exploradores modernos no aciertan a comprender: del mismo modo Hernando de Soto descubridor del Missisipi, donde murió, asombro a los norteamericanos por los 4 años de correrías por los actuales estados de Florida, Georgia, Arkansas, Tejas, Alabama, Luisiana y Missisipi.

Ejemplo clásico, en estas demostraciones de fuerzas inhumanas de parte de los conquistadores, es de Diego de Almagro. Su expedición seguirá quizás la más rigurosa de las sendas: la ruta incásica. Sale del Cuzco y se detiene en los salares de Aullagas, donde aguarda la cosecha

de maíz de Tupiza de manera de tener un buen aprovisionamiento alimenticio; se enfrenta con las tribus indígenas en Chicoana, al occidente de Salta, y se da el tiempo para que venga la estación propicia que le permita el paso de la cordillera. El camino de la puna, aproximadamente unas 30 leguas va a ser terrible. Los caballos con herraduras de cobre, a falta de hierro no pueden avanzar sin padecer terribles sufrimientos con las piedras y gujarros del camino, a los infantes se les destrozan las alpargatas por carecer de zapatos adecuados -y le sangran los pies- el viento frío es devastador como cuchillos, lo penetra todo, dramático si no se va bien alimentado, vestido y bien montado. Los indios cargueros nos soportan la inclemencia del clima y mueren por cientos. Las cifras, aun, eliminando las exageraciones son terribles. Almagro entonces, dice el historiador Pereyra, tuvo una inspiración de genio: Se adelanta con 20 jinetes, camina durante 3 días, dos de ellos sin probar bocado alguno, pero el esfuerzo tiene su premio: desemboca por la quebrada de Paipote en el valle de Copiapo. Es decir, el Almagro de Panamá y de todas partes, saca manteniendo de las rocas vivas. Así se salvará él y a los demás, a 4 mil metros de altura el enemigo moral no son ni el frío y la altitud, sino el hambre, la fatiga y la desnudez. Este paso del Almagro ha dejado, dice el historiador, una leyenda al lado de la historia.

¿La ansiedad de fama y la gloria y la ambición propias del hombre renacentista son las motivaciones que traen los conquistadores? De qué otra manera se explica a Gonzalo Pizarro subiendo al Ecuador y Orellana bajando hasta la desembocadura del Amazonas, Hernando de Soto arrojando toda su fortuna a una empresa cuya única recompensa fue que el Missisipi recogiera sus restos para darle tumba en él, o Almagro gastando todo su oro y tranquilidad en una empresa que lo llevó a atravesar la puna y reconocer el desierto de Atacama, para regresar sin nada, habiéndose jugado el todo por el todo, en una edad en que se piensa en la tranquilidad y disfrute de lo ganado y por último, Valdivia, se lanza a una aventura que tiene como base el fracaso y derrota de su antecesor.

•Sepa vuestra majestad que cuando el Marqués Franciscano Pizarro me dio esta empresa no había hombre que quisiese venir a esta tierra, y los que más huían della eran los que truxo el Adelantado don Diego de Almagro, que como la desamparó quedó tan mal infamada que como de la pestilencia huían della; y aun muchas personas que me querían

bien y eran tenidos por cuerdos no me tuvieron por tal cuando me vieron gastar la hacienda que tenía en esta empresa tan apartada del Perú».<sup>23</sup>

Al lado de la espera de la gloria y el dinero, está también el esfuerzo y el trabajo por hacer producir la tierra, soldado y trabajador parece ser la consigna. Es un prejuicio histórico y al conquistador como despreciado los oficios manuales. No existe tal aserto. Por lo general, los historiadores y estudiosos alaban el espíritu de trabajo y esfuerzo pionero de los conquistadores anglosajones. La epopeya no está en la conquista misma sino en el espíritu de empresa y desarrollo de las artes manuales que el español realiza. Si se recorre la geografía de sus conquistas veremos como, junto al ensueño legítimo de riquezas a veces fabulosa, lleva consigo el pensamiento de la colonización, dado que sin fijarse o asentarse en los territorios, y sin la producción que de ellos se puede obtener, conquista y colonización jamás se habrían realizado. Se les acusa de abandonar las áreas de cultivo como las extensas pampas del Virreinato del Plata, pero se olvida que trajeron los animales de labranza y el arado desconocidos en el Nuevo Mundo.

«Por lo tanto, que nos parecía que no convenía al servicio de vuestras majestades que en tal tierras se hiciese lo que Diego Velázquez había mandado hacer al dicho capitán Fernando Cortés y que era rescatar todo el oro que pudiese y rescatado volverse con todos ellos a la isla Fernandina para gozar solamente de ello y que lo mejor que a todos nos parecía era que en nombre de vuestras majestades reales se poblase y fundase allí un pueblo».<sup>24</sup>

En Chile el caso es otro, no se pide nada al César, sino la creatividad y el tesón son los que construyen el futuro. Es comprensible que Pedro de Valdivia aislado de España y del Perú, en un mundo indígena hostil, tuviera que labrar la tierra y ejercer actividades manuales o simplemente perecer.

Recordemos el asalto que dieron a Santiago los indios en las primeras horas de la mañana del Domingo 11 de septiembre de 1541, hallándose ausente Valdivia con 100 hombres, y en la población sólo 50 mandados por Alonso de Monroy. Un desastre que obligó a comenzar de nuevo. Todo había desaparecido con el incendio de Santiago. «La comida y la ropa y cuanta hacienda teníamos, que nos quedamos sino con los andrajos que teníamos para la guerra y con las armas que a

---

<sup>23</sup> Valdivia Pedro de, opus cit. pág. 13.

<sup>24</sup> Cortés Hernán opus cit. pág. 41.



cuestas teníamos y dos porquezuelas y cochinillo y una polla y un pollo y hasta dos almuerzas de trigo»<sup>25</sup>. El pequeño grupo de Valdivia tuvo que hacerlo todo: techos, ropas, sementeras, crianza de ganado y construcciones.

Después de cuatro años de conquistador podía decir que cosecha alrededor de 12 mil fanegas de trigo y maíz sin número y de los cochinillos salvados, había entre 8 mil y 10 mil cabezas.

De lo anterior desprendemos que es sólo una caricatura la imagen del conquistador indolente y sólo ávido de oro y de fama. Es innegable que la gloria y el oro constituyeron el afán conquistador del español, pero una vez asentado en territorios de Indias fue capaz de desarrollar habilidades de trabajo muy pujantes, cuyo conjunto se refleja en todo el proceso de colonización.

El voluntarismo y la identificación con su calidad de soldado está fielmente expresado en estas ideas: «Y otra cosa digo y no por jactanciarme de ello: que quedé yo tan acostumbrado a andar armado y dormir de la manera que he dicho, que después de conquistada la Nueva España, tenía por costumbre de acostarme vestido y sin cama que dormía mejor que en colchones, y ahora cuando voy a los pueblos de mi encomienda no llevo cama; y si alguna vez la llevo, no es por mi voluntad, sino por algunos caballeros que se hayan presente, porque no vean que por falta de buena cama la dejo de llevar, más verdad es que me echo vestido a la cama».<sup>26</sup>

Este perfil del conquistador analfabeto, radicalmente incapaz de nada, flojo renuente al trabajo, es el resultado de una actitud anti española que recogió la historiografía positivista, y que ha sido suficientemente refutada.

La sed o ambición de oro no basta para dar cuenta de este deseo de valer más, de adquirir renombre, de una necesidad de descubrir países nuevos, que no abandonará jamás al conquistador ni aún cargados de bienes y de honores.

En todas estas aspiraciones se mezclan tanto los rasgos de un feroz individualismo moderno como restos de una mentalidad de raigambre feudal.

«Y porque bastan los bienes que ya he propuesto que nuestras

---

<sup>25</sup> Valdivia Pedro de, opus cit. pág. 73.

<sup>26</sup> Díaz del Castillo opus cit pág. 332.

heroicas conquista han recrecido, quiero decir que miren las personas sabias y leídas está mi relación desde el principio hasta el cabo, y verán que ningunas escrituras que están escritas en el mundo ni en hechos zañosos humanos, ha habido hombres que más reinos y señoríos hayan ganado como nosotros, los verdaderos conquistadores para nuestro rey y señor; y entre los frentes conquistadores mis compañeros, puesto que los tuvo muy esforzados, a mí me tenían en la cuenta de ellos, y el más antiguo de todos, y digo otra vez que yo, yo y yo, dígoelo tantas veces, y diré con tristeza de mi corazón, porque me veo pobre y muy viejo y una hija para casar y los hijos menores ya grandes y con barbas y otros por criar y no puedo ir Castilla ante Su Majestad para representarle cosas cumplideras a su real servicio y también para que me hagan mercedes, pues se me deben bien debidas». <sup>27</sup>

Como suele suceder, aquellos héroes que habían sabido conquistar extensos territorios no supieron organizarlas, menos, adaptarse ellos mismos a la nueva realidad de colonización. Desbarataron sus oportunidades económicas con el mismo ardor desordenado que sus oportunidades políticas y sociales. Es dramático constatar que apenas 30 años después de la etapa conquistadora, se haya enviado peticiones al rey a favor de la concesión de bolsas de estudios para los hijos de los conquistadores arruinados sin hogar.

En las quejas amargas del conquistador Bernal Díaz del Castillo está resumida quizás la mentalidad del hombre renacentista como así mismo sus decepciones y desalientos ante un presente que ya no es el pasado que él construyó: «Dejemos esto y pongamos aquí otra manera que fuera hasta buena y justa para repartir todos los pueblos de la Nueva España, según dicen muy doctos conquistadores que la ganamos, de prudente y maduro juicio, que lo que había que hacer es esto: hacer cinco partes la Nueva España y la quinta parte de las mejores ciudades y cabeceras de todo lo poblado darla a su Majestad de su real quinto y otra parte dejarla para repartir para que fuese la renta de ellas para iglesias y hospitales y monasterios y para que si Su Majestad quisiese hacer algunos mercedes a caballeros que le hayan servido; y en las partes restantes repartirlas en su persona de Cortés y en todos nosotros, **los verdaderos conquistadores**, según y de la calidad que sentía que era cada uno. Y viendo una buena parte de las del Nuevo Mundo que le entregábamos como muy leales vasallos, lo tuviera por bien y nos hiciera merced de ellas y con ello quedáramos y no anduviéramos como

---

<sup>27</sup> Díaz del Castillo Bernal, opus cit., volumen II pág. 166.

andamos ahora de mula coja y abatidos y del mal en peor, debajo de gobernadores que hacen lo que quieren, y muchos de los conquistadores no tenemos con qué sustentarnos, ¿qué harán los hijos que dejamos?». <sup>28</sup>

Por eso no deja de ser interesante que al explicar la decadencia de España a partir de Felipe II se ponga énfasis en el efecto del aflujo de metales preciosos del Nuevo Mundo en la paralización del proceso industrial nacional, olvidando que por lo menos, dos generaciones, las más audaces y dotadas, en plena juventud, se embarcaron hacia la aventura -a veces sin retorno- de la conquista de las Indias occidentales. Las guerras, las epidemias, el hambre, el enemigo, hicieron perecer lo mejor del mundo español en la empresa colectiva que jamás vivió el hombre. Pues bien, esas dos generaciones que poblaron de mestizos todo un continente, despobló a España de sus fuerzas fundamentales en la productividad, la sociedad y la cultura. Estos vacíos demográficos, que afectaron a la juventud española, se acenturaron por las bajas abundantes en Flandes, Alemania e Italia. De esta manera el despoblamiento de España por las razones antes señaladas, afectó profundamente el desarrollo económico en la época de la conquista y colonización.

Terminamos este trabajo, afirmando que el siglo y la conquista nos entregaron un tipo de hombre que nada tenía de extraordinario ni por el genio ni por ser industrioso, sino por la explosiva mezcla de amor a lo imprevisto, ansias de gloria, honor y dinero, además de un espíritu de aventura que se cree sea el sello propio de los conquistadores. Vasco Núñez Vela dio en la nota precisa cuando al definir a sus compañeros dijo que se componía de un grupo de hombres corajudos y desleales.

Es indudable que el conquistador era un hombre del siglo, independiente e individualista, con una especie de escapismo mental: el estar en todas partes; pero del mismo modo la época era de cosas sorprendidas y las personas vivían entre la realidad y lo maravilloso. Lo cierto es que a partir de ellos la geografía del mundo fue otra, los horizontes se extendieron y comenzó a prepararse una revolución en la economía que anclaba en la industria y en la búsqueda de materias primas.

Con todo el bagaje de una nueva mentalidad del hombre europeo de los siglos XV y XVI nuestro conquistador puso su impronta hispana en un mundo que él ayudaría a transformar.

---

<sup>28</sup> Ibid. pág. 168.